

CELEBRACIÓN DE LA PASIÓN DEL SEÑOR
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
30 de marzo de 2018
Is 52, 13-53, 12; Heb 4, 14-16; 5, 7-9; Jn 18, 1 - 19, 42

En el poema de amor que es el libro bíblico del Cantar de los Cantares, el esposo dice a la esposa: *Ábreme, hermana mía, amada mía... Me has robado el corazón* (Cant 5, 2; 4, 9). *Me has robado el corazón*. Es una frase, hermanos y hermanas, que aún decimos nosotros, entre enamorados, entre personas que se quieren. Pero nunca ha tenido un significado tan intenso y tanto sublime como cuando se puede aplicar a Jesús, el Esposo por excelencia de la Iglesia, de la humanidad. Él amó al máximo, *hasta el extremo* dice el evangelista Juan (cf. Jn 13, 1). Porque no sólo lo ha dado todo sino que ha llegado hasta el don cruento de sí mismo en la cruz. Y esto vivido de una manera bien consciente: *sabía que había llegado su hora*, dice también el evangelista (cf. ibídem). Forman parte de su amor sin límites los dolores físicos: la falta de descanso, la fatiga del juicio y de ir de un lado a otro, la flagelación, la coronación de espinas, la crucifixión, las heridas de los clavos, la sed ardiente, la dificultad en respirar, el ahogo cada vez más intenso, ... y también forman parte de su amor sin límites los dolores morales: la traición de Judas, el rechazo y el desprecio de las autoridades religiosas, negación de Pedro, los insultos, los gritos de la gente pidiendo la muerte en cruz, la displicencia dubitativa de Pilatos, la condena, el abandono de casi todos sus discípulos, la soledad, el silencio del Padre, ... Él que amó intensamente a *los suyos que estaban en el mundo* ahora muestra hasta qué punto es capaz de amar (cf. ibídem). Todo en la pasión y en la cruz, al igual que toda su existencia, es una donación de amor.

Él, en este amor puede hacer suyas interiormente las palabras proféticas del Cantar que he citado: *Me has robado el corazón*. Lo dice a la humanidad. Lo dice a la Iglesia. Lo dice a cada uno de nosotros: *me has robado el corazón*. Amorosamente se lo ha dejado robar hasta el extremo. Hasta que un soldado *le dio una lanzada en el costado* para que aquel corazón quedara para siempre abierto de par en par y todo el mundo viera que su amor por la humanidad dura para siempre. No hay nada en la historia de las personas que su amor no pueda abarcar, que no pueda perdonar, que no pueda curar. Dios -tal como enseña San Pablo- nos ha dado prueba del amor que nos tiene en el hecho de que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores (Rom 5, 8). Sea cual sea el bagaje de vida que llevamos encima, hoy nos vuelve a decir: *Me has robado el corazón*. Y, con el Cantar nos repite, también: *ábreme, hermana mía, amada mía*; *ábreme tu interior, déjame entrar*.

Del lado abierto por la *lanzada salió sangre y agua*. El evangelista insistía y solemnizaba su testimonio sobre este hecho porque tiene un significado que va más allá del ámbito natural. Jesús elevado en la cruz entrega el Espíritu Santo en su último aliento y luego de su costado traspasado *brotan ríos de agua viva*, dice el evangelista Juan (cf. Jn 7, 38), que dan nacimiento a la Iglesia y los sacramentos que le aportan vida: el *agua* del bautismo y la *sangre* de la Eucaristía. La cruz de Jesús, sin quitar nada al hecho de ser un instrumento cruel de suplicio, es fuente de vida nueva precisamente porque en ella ha muerto al Autor de la vida.

Cantando de gozo, pues, *salimos a buscar el agua de las fuentes del Salvador* (cf. Is 12, 3). Nos ha abierto de par en par el corazón, la fuente del amor, porque le hemos *robado el corazón*. Ahora somos nosotros los que tenemos que salir a buscar la vida que él nos da generosamente profundizando nuestra realidad de bautizados, nutriéndonos de su palabra y de su eucaristía, intensificando nuestra comunión eclesial.

En esta comunión eclesial, el Francisco ha pedido, también este año, que el Viernes Santo no nos olvidemos de orar y de ayudar a la Iglesia de Tierra Santa, la tierra donde Jesús nació, vivió, murió y resucitó. La tierra, por lo tanto, donde fue clavada la cruz salvadora del Señor. Con sentido eclesial, os proponemos participar en la colecta que haremos al final de la celebración a favor de nuestros hermanos en la fe presentes en Tierra Santa y en todo el Oriente Medio, para que puedan continuar con las obras sociales, apostólicas y culturales además de cuidar de los lugares santos y de la acogida a los peregrinos.

A continuación, rezaremos en la gran intercesión a favor de la Iglesia y el mundo; presentaremos al Padre nuestra súplica confiando en la gracia que Jesucristo nos ha obtenido con el sacrificio de su vida. Acabado, adoraremos la cruz, con compunción por nuestros pecados y por el mal del mundo, con agradecimiento por el amor sin límites de Jesucristo, con fe, sabiendo que la cruz es fuente de vida en plenitud y de resurrección después de la muerte. Al adorarla, dejemos que resuenen en nosotros aquellas palabras del Esposo: *ábreme, hermana mía, amada mía; me has robado el corazón*. Que no nos pueda reprochar, como un impropio, "¿qué más tenía que hacer por ti que no lo haya hecho?"

Así con el corazón renovado por la gracia de la cruz, *cantando de gozo* podremos salir a buscar el agua de las fuentes del Salvador. El agua del perdón, de la vida y de la gracia, el agua del Espíritu y del amor generoso (cf. Jn 7, 37-39).